Los Contemporáneos

LA NOVIA RENEGADA

Novela rústica de humilde apariencia y sencillo entretenimiento

COMPUESTA POR

DIEGO SAN JOSÉ

Número extraordinario

10 Cénts.

PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.—TELÉFONO 5.400.

CASA ALONSO
Fundada en 1865
22, Valverde, 22.

PARA BUENOS IMPRESOS
Y SELLOS CAUCHO

Manuel López Ortega (hijos)

Encomienda, 20 duplicado

Gran rapidez. :—: Fundición diaria.

Los Muchachos

SEMANARIO INFANTIL

Se publica los domingos

15 céntimos número

UNA SEÑORA

ofrece comunicar **gratuitamente** a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a **D.ª Carmen T. García**, Aribau, 24.—**Barcelona**.

ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en el «kiosco Colón», Plaza de Cataluña, frente al Paseo de Gracia.

—Para ti traigo un tesoro
de más quilates que el oro.
—Dime que es ello Fabián.
—Un preciado talismán,
un prodigio de hermosura,
es... colonia PECA CURA.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, 2,20. Agua cutánea, 5,50.—Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.

Creación de Cortés Hermanos.—Barcelona.

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

Los Contemporáneos
Año X.—Núm. 508
26 Septiembre 1918
DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

LA NOVIA RENEGADA

CAPITULO I

EL PALACIO DE FUENCLARA

A la entrada de la humilde villa castellana, que por nombrarla de alguna manera nombraremos La Fresneda, alzábase la casa solariega de los marqueses de Fuenclara.

Era de vastísima extensión y notable arquitectura, bien podíase tener por una de las muchas joyas, que aún quedan desparramadas por España, que vieron pasar ante sus muros las grandezas de las fenecidas monarquías, que manteníanse sobre pilas de oro merced a los tesoros que llegaban de las Indias.

Las crónicas del pueblo y de la casa insigne daban fe, de que el severo palacio fué alzado en la villa por un bizarro y altivo general del Emperador que cayó en desgracia, aunque no con el olvido y miseria de Francisco Pizarro, sino con la altanería del duque de Alba.

Ganó hartos lauros en Flandes y en Italia, y aún parece que en Túnez hubo de poner a su cuenta buena parte del triunfo de las armas del César; pero cuando fué viejo, y las reliquias de su actividad se le esparcieron por la sangre, el Emperador tuvo a bien alejarle de sí, desterrándole al lugar de su nacimiento.

Retiróse, pues, el hidalgo a su rincón, y por entretener sus forzados ocios haciendo algún bien a la gente humilde determinó rehacer la casa donde vive abrumado, que estaba como el infeliz y olvidado viejo, toda grietas y goteras.

Como si no esperara otra cosa apenas finada la obra, acabósele a él la vida, y fué enterrado en la iglesia parroquial de la villa.

Cerca de un siglo más tarde sirvió de retiro voluntario a una Fuenclara, que herida por un cruel desengaño de amor, en plena juventud, renunció a la vida y pompas del siglo, aunque sin vocación de profesar en ningún monasterio, y desde entonces, hasta el momento de dar comienzo a esta sencilla narración, ningún otro vástago de tan insigne y nobiliaria rama había asentado seguido más de un mes en el vetusto palacio.

Ni aun las tornabodas de los mayorazgos, que eran tradición en la familia, se celebraban ya.

Solamente con ocasión de alguna jornada regia, en que la dicha villa fuese parada obligada, acudían sus señores, para recibir a los reyes. Así que cuando el señor Don Fernando de Lera Ramírez de Peñalva, último marqués de Fuenclara, determinó asentar en la casona, estaba sin cuido ni gobierno de nadie.

De vez en vez la mujer del sacristán *Pasillas*, que tenía las llaves, entraba a abrir las ventanas y dar algún escobazo.

Luego, tornaba la casa a quedar solitaria bajo el peso del prestigio de sus dueños.

Y un día, cuando menos lo esperaban los pacíficos aldeanos, pues no había jornada regia por aquellos lugares, presentáronse unos criados de Madrid, que limpiaron muy bien la mansión y así como estuvo, de allí a pocos días presentóse el último marqués de Fuenclara.

Era hombre como de cincuenta a cincuenta y cinco años, de aspecto grave y señoril, aspecto que desde cien leguas acusaba la distinción y la hidalguía.

Parece que el ambiente de la corte minaba su salud, y venía a buscar remedio en los aires del campo.

A pesar de su rango, que podía codearse sin desdoro con la primera nobleza castellana, era de costumbres sencillas, no nada finchado y enemigo mortal de ceremonias y adulaciones rastreras, de suerte que sólo quedó para su servicio un ama de llaves, una guisandera y dos criados.

Con mucho regocijo fué recibida la vecindad de su excelencia por el pueblo, y él también parecía mostrarse muy contento de hallarse en la paz de la aldea, lejos del mundanal ruido.

CAPITULO II

LA OCUPACIÓN DE UN HIDALGO

De mañana, antes de salir el sol ya estaba en pie el señor Don Fernando. Hacía sus devociones primeras ante un admirable crucifijo que labraron las primorosas manos de Martínez Montañés, daba luego un paseo por la huerta, que era espaciosa y bien cuidada, tanto, que más parecía parque, llevando siempre consigo un libro, que es el mejor camarada, y al cabo de una hora volvía a buscar el desayuno que de ordinario solía ser unos torreznillos con huevos.

Tornaba después al campo hasta que picaba el sol, y entonces finaba la mañana encerrado en su escritorio consultando libros y papeles, unas veces de negocios y otras de puro entretenimiento, pues parece que también se le alcanzaba su poco en materias de versos y aun se dice, que era tan buen latino, que llevaba los clásicos como quien dice, en las puntas de los dedos...

Tampoco era lego en materias científicas, y gustaba mucho de estar al corriente de toda moderna evolución.

Siendo como era varón de noble abolengo, solía decir muchas veces, que aparte la crueldad del pueblo, la revolución francesa fué una sangría muy saludable para la humanidad, porque por ella se limpió de muchos prejuicios y salvó de muchas infecciones morales y políticas.

Cuando estaba en la Corte, su pa-

lacio solía ser albergue de muy notables próceres y magnates de la sabiduría extranjera, y con otros muy insignes que nunca pusieron sus plantas en territorio hispano, solía mantener correspondencia.

Entre los papeles curiosos de su biblioteca podían hallarse cartas de Voltaire, y Juan Jacobo Rouseeau, y aún dicen que guardaba una copia autógrafa de la célebre fórmula matemática de Newton.

Era, en fin, el hombre, un verdadero hallazgo entre la nobleza frívola y degenerada de su tiempo...

Oyéndose el Ave María en la torre de la iglesia, hacía su salutación del ángel, ya sentado en la mesa y cerraba con la olla, que era netamente castellana y de buena índole. Su sopa de pan en caldo tan espeso que podía cortarse, su media gallina y buen porqué de garbanzos acompañados de la recia y dorada pelota, su jamón curado al humo, y de añadidura una sabrosa perdiz o algún tierno palomino.

Echábase luego la siesta hasta la hora de las cinco, en que el sol va ya más humano y la tierra comienza de allí a poco a esponjarse con el rocío de la noche. Ya a este tiempo solían estarle aguardando en el patio de la casona, el cura, el regidor y el médico, y todos tres juntos, salían a pasear por los olivos, alongándose muchas tardes hasta *Las Fuentecillas*, que eran el término municipal de *La Fresneda*.

De vuelta, quedábanse un poco en las eras, charlando con los gañanes, y alguna vez les ayudaron a formar su mesa redonda en rededor de una razonable cazuela de gazpacho.

Otras tardes el lugar de parada era el molino de maese Lucas, por hacer honor al agua limpia y cristalina de su alberca. Eran gloria pura en las tardes caniculares aquellas claras y frías linfas, y aún parecían mejor cuando las servían las manos de Flora, la hija menor del molinero.

Erase ella una niña que ya iba frisando las lindes de la mocedad, pero manteníase en todo el dulce candor de la niñez. Rubia era como los trigales por el Agosto, y su pelo enmarañado y brillante remedaba una madeja de purísimo oro.

Don Fernando trabó conocimiento con ella una de las primeras mañanas en que salió al campo hasta la hora de entablar coloquio con los suculentos torreznillos.

Iba ella con otras muchachas de su misma edad a recolectar fresa en una huerta cercana.

Al cruzar ante ellas el hidalgo, paráronse llenas de curiosidad; éste oyó comentar a las muchachas:

—Es el señor marqués.

—Es Don Fernando de Fuenclara.

—El amo del palacio.

—Y del pueblo.

—Y de todos nosotros.

—Dice mi padre que toda esta tierra hasta Torre Nueva, cogiendo por medio los Alamillos, es suya.

—¿Y la fuente del Zarzal, que está casi a la entrada de Robledo?

—Y aún más allá.

—Y tiene mando como el rey.

—Si tuviera guerra con los moros, podía hacer una quinta con todos los mozos, y llevarles como lleva el rey a sus soldados.

—Qué sabréis vosotras—atajó Flora que parecía tener influencia sobre todas las demás.

—¿Cómo qué sabemos? Yo se lo he oído decir a mi abuelo.

—Y yo a mi padre.

—Eso, era denantes; hace ya muchos años. Ahora nadie manda más que el rey.

—Como que era una barbaridad que te compraran y te vendieran tal-mente como si fueses una caballería.

—Y aunque no te gustara el amo.

—Mira que eran borricos nuestros abuelos.

—Mujer, no digas barbaridades, que el mío es un hombre de bien.

—Digo los que hacían esas cosas que dice ésta.

—¡Ah!

—Vosotras no habéis visto este palacio; dicen que no le hay más rico en Madrid.

—En la Corte tiene otro mucho más mejor y más grande que este de la Fresneda.

—Y entra en la casa del rey como en la suya sin quitarse el sombrero.

Don Fernando oíalas sin darlo a entender y divertíase harto con la disquisición de las muchachas.

De entre ellas se destacó Flora, haciendo de la disimulada y pasó enredor de su excelencia examinándole con mucho detenimiento.

Luego de que el prócer juzgó que habían en parte satisfecho la curiosidad, entabló parleta con ellas, y no huyeron cual medrosos gorriones sino que respondieron muy donosamente a las preguntas del Marqués.

La más avispada de todas era Flora, sus palabras tenían más gracia y encanto que las de las otras.

Dió razón de quién era y hasta supo ofrecer su casa.

Como si con esta cortesanía hubiese hecho bastante, dijo muy gentilmente:

—Dios guarde a vuesamerced, y dieron a correr todas como una manada de corzas.

El diurno paseo finaba a punta de noche en el estrado de Don Fernando, luego de haber rezado el santo rosario.

Entrábase con los amigos tertulianos que solía, en una amplia saleta.

Un mozo traía dos enormes velones de ocho mecheros y colocábalos sobre dos bargueños.

Si había llegado posta de la corte, cosa que acontecía los miércoles y sábados, rompía Don Fernando los lacres del sobrescrito y leíales los avisos particulares, que a manera de los poderosos de la centuria anterior, había su Jerónimo de Barrionuevo que le tenía al corriente de todo suceso notable, y muchas veces de los comineos y bajas habladurías.

Allí recibió un año una sabrosa gacetilla de Palacio, donde con mucho secreto dábanle noticia de que un guardia de *Corps*, muy gentil, había parecido muy bien a la reina, y comenzaba a subir con tal auge por las gradas del favor, que quién sabía si pudiera llegar a ser el primer hombre de España.

Todos cuantos le oyeron se rieron, pero andando los días la predicción excedió a la realidad.

Mas la carta gacetillera más pintoresca que recibió y que casi siempre llevaba consigo porque era cosa de donaire y gustaba mucho de leerla en habiendo ocasión, quiero trasladarla a estas líneas, aunque ciertamente nada tenga que ver con la historia en que vamos.

Mandáronsela de Nueva España, y decía copiada al pie de la letra:

"Recibí aquellas coplas que vuesamerced me envió del cura de Fruime, y el delicioso sermón del párroco de Cieza. Entrambos papeles son notables y hanme dado mucho que reir como asimismo a cuantos quisieron oirles.

"El clérigo gallego me parece un gran socarrón con sus puntas de loco y a las veces de hombre de claro entendimiento, al murciano le tengo por un pobre mentecato gracioso a puras simplezas.

"Porque vea vuesamerced cómo en todas partes cuecen habas, envíole un delicioso bando que el mes pasado mandó *echar* el corregidor de cierta aldehuela cercana a México.

"Trasládole tal y como salió de su mano, que el original me lo ha procurado el virrey de aquí.

"Va sin comentario.

"Léale, pero júreme primero vuesamerced que no se ha de quebrar de risa.

"DECRETO

El corregidor de aquí biendo que es una baina que naide se mueba a que el pueblo se alebante como una pirámide a que está llamao por sus encumbradas montañas y en segundo lugar para que todos tomen experensia y diai no se pongan a murmurar si yo tengo que determinarme a proseder contra cualesquiera endebido que no me haga caso a lo que yo mando como autoridá que soy porque fuí nombrao por el virrey según la preba que tengo en una carta que me mandó.

ORDENA:

Artículo 1.° Como pa uno saber cuándo otra persona está borracha no es sinó fijarse si bá pa los laos y si gomita o también cuando dicen palabras de marca mayor, me boy a poner en atisbo como el que bá a casar un conejo y al primero que se la dé lo sampo al güeco hasta que se le pase la jala y pa más calamidá, no se premite beber agua.

Art. 2.° Igual pena sufrirán los marranos y los perros sin travajo.

Art. 3.° Asoluto se proibe arrempujar a las mujeres en semana Santa, pues, eso dá la margen a las peloteras.

Art. 4.° Tampoco se permiten grupos de más de treinta personas porque es a la fija que se ponen a hablar mal del corregidor y los comisarios.

Art. 5.° También queda vedao el hablar del cura, del virrey y sus satélites a fin de que no se alborote la política.

Art. 6.° A los carniceros se les recomienda que han de tener las pesas todo lo más grande que les sea posible, y lo digo pa evitar estafas y demás urtos porque una persona, (sin mentar nombres,) me pesó esta semana el cacao y me salió disjusto y aunque parezca que no, uno siempre nota la merma.

Art. 7.° Que pa evitar el alsa de los víveres y lo demás respetive a este respeuto, se pone la condición de que el qué más puje será considerao como sindicao de monopolio de tal manera que naide se enfurrusque.

Art. 8.° Estos mandamiento se harán cumplir a punta palo pués lla no aguanto más la geringa de la gente y las tomancias de todo perro y gato.

Publíquese por bando público y ejecútese ahora mesmo..."

CAPITULO III

"TOPITO"

Al decir de maese Lucas, Flora era a un mismo tiempo la alegría de sus canas y la cosa más inútil que había en toda ella, porque a causa de su independencia selvática no se la podía emplear en nada. Tenía un despejo clarísimo, pero era al mismo tiempo tan alocada que no hacía cosa a derechas.

Iba a cumplir los quince años para

la Virgen de Agosto y pocas veces viósele con las muchachas que empezaban a presumir de mozas. Aquella mañana en que la viera el Marqués, era una de las pocas.

No solía gustar de más camaradería que un muchachillo de sus mismos años, a quien todo el pueblo llamaba *Topito,* porque su inteligencia hallábase completamente opuesta a la de la bella molinerita.

Su ocupación, cuando dejaba de acompañar a ésta, no era otra que dormir a la sombra de algún árbol, en verano, o en la solana de la iglesia, en invierno.

Tenía notable y misteriosa habilidad para que los pájaros acudieran a comer en su mano y a posarse sobre sus hombros; aun los gorriones, tan desconfiados y recelosos, en viendo a *Topito* acudían a él con increíble familiaridad.

Sabía de coro multitud de romances y coplas, así heroicos como caballerescos, de picardía y de devoción. Las gentes decían que su virtud para que los pájaros acudieran a él con tan admirable mansedumbre, no era sino que sabía muy bien la oración a San Antonio.

Fuera de esta habilidad, el pobre muchacho justificaba con creces la oscuridad de su apodo. Jamás había pisado los umbrales de la escuela ni tenía idea de qué cosa fuesen letras.

Era huérfano. Un pariente suyo, rabadán de una majada, quiso llevarle como zagal, y tras muchos torniscones y algún que otro garrotazo le abandonó a su suerte, porque mirando a apacentar jilgueros, abutardas y aun bubillas olvidaba el cuido del ganado y rara era la noche que no volvía al hato, con un corderillo menos o una oveja perniquebrada...

Desde entonces vivía de la caridad de los aldeanos, quienes a veces podían emplearle en mandados que no tuviesen difícil comisión, tales como traer algún apero de labranza, sacar agua de la noria y regar algún sembradillo, pagábanle después con una rebanada de pan, un tomate o un trozo de queso y quedaba *Topito* tan orondo y satisfecho como un canónigo.

Flora, gustaba de su compañía porque entreteníala mucho con los cuentos y romances de su repertorio.

A veces, servíale hasta para desfogar sus enfados.

Contrariábala alguien y vengábase vejando y pegando al infelice, que nunca se enfadaba y siempre tenía para su tirana una sonrisa boba en la faz y una palabra amable en los labios.

Otras veces, la condición de hembra tornadiza, mandábale despreciarle y marchábase por otro lado, entonces él tenía un imán seguro para atraerla.

—Si vienes conmigo te diré el romance de *La novia renegada.*

Y tenía que estar muy fuera de tino la moza para no mudar los rencores en sonrisas y acudir como una cordera a la querencia del romance campesino, que era la joya más preciada para ella, en todo el vasto florilegio de *Topito.*

Además, en llegando a esta composición creciase notablemente el hombre, y la recitaba con más emoción que cuantas sabía, sin dejar a una parte aquel romance moro que comienza:

"Servía en Orán al rey
"un español con dos lanzas
"y con el alma y la vida
"a una gallarda africana..."

que hartas veces, en las tardes de disanto, juntó gente en la plaza para escucharle.

Decirle a la triscadorcilla:

—Flora, si vienes esta tarde a la vega te diré el romance de *La novia renegada,* aunque más de mil veces

teníale oído, era hacerle un gentil regalo...

En cuanto columbrábase un ciego por los altos de La Fresneda, el primero que le salía al encuentro era *Topito,* y si no traía lázaro que fuese lacayo de su ceguera, él le servía deste menester a trueque de aprenderse las coplas que cantara.

Luego de que el ciego era ido, cantábalas él y, en sabiéndolas al dedillo, las enseñaba a Flora, imitando en los gestos y en la voz al maestro de quien las tomara.

CAPITULO IV

LOS PASEOS DE FLORA Y DON FERNANDO

Flora y su excelencia llegaron a hacer muy buenas amistades. El prócer salía todas las mañanas como tenía por costumbre e íbase hacia el molino.

Era muy bien recibido en él por maese Lucas, quien teníase por muy honrado con visita de tal fuste.

Si hubiese habido en la casa rico mobiliario, la mejor silla hubiérala ocupado el Marqués, pero como la pobreza era tanta que sólo permitía lo puramente indispensable para vivir, el señor Don Fernando había de sentarse en una tajuela de pino, teniendo por estrado un serillo de esparto crudo.

Placíale mucho ver la faena de la molienda y departir un poco con los aldeanos que acudían con su carga de trigo a dar que hacer a la muela, y no eran pocas las veces que con la plata generosa de su bolsillo enjugó algunas lágrimas, que la vida es tan prosáica que tiene penas que se alivian mejor con esencia de faltriquera que con saludables máximas.

Salía luego la muchacha e íbanse entrambos a pasear por el campo hasta poco antes de mediar la mañana.

Algunas veces encontraban a *Topito,* las dos primeras que así fué les acompañó, pero después no quiso, o pretextó algún quehacer o sin dar disculpa alguna huyó de mala guisa en cuanto les columbraba.

Don Fernando, durante estos paseos, exploraba el alma de Flora, y vió que era en todo sencilla y pura, su inteligencia era viva, pero puede decirse que estaba tan en libertad como su albedrío, era preciso darla cauce, sembrar en ella ideas...

La muchacha, que nunca pudo resistir un solo día la disciplina de la escuela, escuchaba muy gustosa las palabras de su viejo amigo y espontáneo preceptor; a las veces hacíale repetir las cosas; por ejemplo: aquello de que el Sol está siempre quieto y que es la Tierra la que se mueve en su torno, y que las estrellicas del cielo son mundos infinitamente mayores que el nuestro.

Cuánto extrañábale la teoría de que la Luna fuese un mundo sin vida, con sus montes, sus valles, sus ríos y sus mares como los de por acá abajo.

Ella tenía pensado que la Luna era una dama que vivió entre los mortales y cuando feneció la condenó Dios, por sus pecados, a estar colgada en el

cielo, para alumbrar de noche a los caminantes que peregrinan en la Tierra.

ra Luna era una dama desdeñada por el Sol, su esposo, y que de ello venía el origen de la nieve.

Demás desto *Topito*, que sabía muchas y muy donosas historias, le había dicho en un romance que la seño-

—Verá su merced, ello es cosa muy linda y de mucho sentimiento y se cuenta en muy poco espacio.

Y comenzó el romance tal y como se le dijeran los labios de *Topito*.

ROMANCE DE POR QUÉ NIEVA

Más allá de La Fresneda
camino de la montaña,
vive la señora Luna
en una casita blanca.
Aunque bella es por extremo
y es de rango su prosapia,
no tiene criado alguno,
ni paje que la dé guarda,
ni dueña que la acompañe
ni menina ni azafata,
ni quien le apague la sed
con un búcaro de agua.
Por las tardes sale triste
al zaguán de su posada,
y da celos al armiño
la blancura de su cara.
En una rueca argentina
que da ceguera el mirarla,
con sus manos de azucena
hila unos copos de plata.
El caballero don Febo,
que todo en oro se engarza,
pues del cabello a los pies
es incandescente ascua,
con un afán muy rendido
ha venido en cortejarla,
y tal dió en cerrar el cerco
que ha conquistado a la dama.
—Si gustáis en ser mi esposa
señora de la tez blanca
—diz que le dijo una tarde—
dejaréis la Tierra ingrata
semillero de miserias
charco de la vida humana,
en que se pudren los cuerpos
y se condenan las almas;
os llevaré a mi palacio,
más alto que las montañas
y más alto que las nubes,
donde ni aún llegan las águilas.
Seréis señora del mundo,
pues que estará a vuestras plantas,
y le alumbrará de noche
el fulgor de vuestra cara.
El galán razonamiento
ha convencido a la dama,
y dió su mano al doncel
que tan rendido le habla.
Sale con él una tarde
de su casita tan blanca,
camino de aquel palacio
donde no llegan las águilas,
y se conciertan las bodas
y al fin y al cabo se casan,
prometiéndose venturas
en todo punto extremadas.
Pero ¡ay! triste de la niña
que da crédito a palabras
de galán libidinoso
que sólo piensa en gozarla.
Aún no había transcurrido
apenas una semana,
cuando el dorado doncel
amores nuevos buscaba.
En comenzando la noche
sola se queda la dama,
pues el esposo no torna
hasta clarear el alba.
Pero una de aquellas veces
se hace la ausencia más larga,
y la esposa tal se aflige
que el manantial de las lágrimas
inunda sus bellos ojos
bañando su linda cara;
el llanto cae a la tierra
formando copos de plata,
y la cubre por entero
como una túnica blanca.
Esta fué la vez primera
que sobre el mundo nevara
y de entonces, cuando nieva,
tiénese por verdad llana
que está llorando de celos
la infelice mal casada,
porque la ausencia de Febo
se hace demasiado larga.

No dejó de parecerle bien el romance al señor Don Fernando y fué en manera, que le vino en gana tomar traslado de él para decirle luego a sus cuotidianos amigos, que a fe que habrían de holgarse casi tanto como él se holgara...

CAPITULO V

LAS ANSIAS DE "TOPITO"

Una de las mañanas que la zagala volvía de acompañar al Marqués hasta las mismas puertas de su palacio, al entrar en los olivares para tomar la senda que conducía al molino, hallóse con *Topito*.

—Te esperaba, Flora—díjole éste, no mostrando ni en las palabras ni en el rostro aquel contento desaprensivo que solía.

Y entrambos entablóse este coloquio:

—¿Pues qué pasa?

—Que desde que ha venido ese señorón de la Corte no eres la misma de antes.

—Tú sí que no eres el mismo, pues en viéndonos, como la otra mañana, corres y te escondes, talmente que si vieses los demonios del Infierno.

—Y ¿piensas que no hago bien? ¿Qué pinto yo entre vosotros? ya no podemos hablar como solíamos, tú contándome tus cosas y yo diciéndote las coplas y romances. Ya no me escuchas ni *La novia renegada*. Lo que te cuente el señor Marqués te entretiene más. Son más bonitas las cosas que él dice porque sabe más que nosotros.

—Y ¿qué quieres decir con todo eso? Así Dios me salve como no sé a dónde caminas por estas vueltas y revueltas, *Topo*.

—¿Que no hablo claro? Que me duele que me tengas en este olvido y abandono en que jamás me tuviste hasta ahora. Bien sabes que yo no tengo apego ni querer de nadie si no es de ti. De más muchachos que de ahora anduvimos siempre juntos por estos bosques y prados y para mí no hay más vida que la que en tu torno se desenvuelve; ni ley tengo a los pájaros cuando no estoy contigo, el desprecio con que la gente me mira y las burlas de los rapaces nada se me importaban con tal de estar junto a ti, y ahora que hallo en que tú también me olvidas por la parlería de un señor viejo, que si no fuera como parece hombre maduro que va para la vejez más me pesara de lo que me pesa.

—¿A qué viénete esa pesadumbre?

Al disparo desta pregunta el mozo bajó los ojos y estuvo un buen espacio sin responder.

Al cabo de ella, dijo poniendo en las palabras tanta emoción como de ordinario ponía cuando recitábale a Flora trovas y consejas de amor; si alguna persona ajena le estuviera escuchando a fe que hiciérase mil cruces, pues no eran de esperar tales arrestos en mozo de tan cortos alcances:

—Flora, hasta ahora poco parecíamos el uno la sombra del otro, criábamosnos como hermanos, y nunca tú ni yo nos dimos a mirar la fuerza y motivo de esta fuerte inclinación, acaso lo más que nos ocurriera es que ello tenía por causa la fuerza de la costumbre. Ha sido que yo te viera acompañada por un hombre para que supiese qué cosa es el amor que anda en esas coplas que te digo cada día, y aún más allá voy, que también sé qué son celos.

—Y ¿dónde aprendiste eso, que tan bien te hace hablar y mejor que el maestro de escuela?

—En ti; tú fuíste el libro que me lo enseñó, y si lo primero lo aprendí sin darme cuenta y muy dulcemente, lo segundo me cuesta muchas amarguras y muchos duelos... Jamás di con romance, por endiablado que fuese que me costara tanto...

Las mejillas de la moza tomaron por un instante el tinte suavemente bermejo del rubor.

Su vista clara y serena se posó en el suelo y por primera vez no supo dar respuesta a lo que *Topito* le hablara.

Ya se ha visto que no era ella nada melindrosa que se atascara en razones, y sin embargo el rústico muchacho supo darle con sus sentimientos de aquella tarde la primera lección de vergüenza, dicho sea en el justo y sano sentido de la palabra.

—Habla, mujer, dí algo—continuó *Topito* cuando ya el silencio se iba haciendo demasiado largo.

--Y ¿qué quieres que te diga?--acertó a decir quedamente Flora mientras enrollaba y desenrollaba la punta de su delantal.

—Lo que te mande tu sentir, yo te he dicho ya el mío, y bien puedes creerme que no ha sido poca faena, pués, acá adentro teníale mordiéndome el corazón y como estaba tan entretenido no quería salir...

El coloquio queda cortado bruscamente cuando iba en lo mejor, porque sin duda Flora comenzaba a prevenir la respuesta al impensado descubrimiento del alma enamorada de *Topito*, y fué porque, a este tiempo cruzó ante ellos un mozo de mulas con una yunta.

Así de como los viera, dijo truhanescamente:

—Pero ¿aquí están la loca y el bobo? Me valga Dios que ya sois grandullones para andar solos tan a deshora. Qué, Florilla, ¿te estaba diciendo alguna cantinela nueva? No lo creas que todo es mentira.

La muchacha rióse por disimular, y por llevar más allá el disimulo, dijo:

—¿Vas a que beba el ganado?

—Sí,—respondió el mozo.

—Pues llévame en la mula pinta hasta la fuente, que de allí a mi casa hay dos pasos.

—Te llevo—repuso el otro—dacá la mano.

Dióle la diestra Flora, y ligera como una pluma, ayudada por el fuerte impulso del gañán saltó al lomo de la poderosa bestia.

Topito, muy dolido, volvió grupas y fuese a su guarida, que solía ser la lonja de la iglesia.

Comenzaba a ser noche cerrada.

En lo que duró el coloquio habíase escondido enteramente el sol.

Aún algunos ramalazos luminosos encendían el vellón de unas blancas nubes, pero poco a poco iban perdiendo la intensidad y acababan por ser unos manchurrones como algodoncillos impregnados de tinta aguada.

Topito los miraba y antojábasele que de aquella guisa estaban entonces las telillas de su corazón y los desvanes de su cerebro.

Algunas estrellas tachonaban la inmensidad del cielo y comenzaba a triunfar la noche.

También las miraba el infeliz, porque pensaba que acaso ella las contemplara y así en aquel mismo punto y hora y a tanta distancia vinieran a juntarse las miradas de entrambos...

CAPITULO VI

LA MISERIA DEL MOLINO

Cuando Flora llegó al molino, ya era noche cerrada.

En la cocina hallábanse maese Lucas y sus dos hijos que ya eran mozos.

La muchacha empujó la puerta y saludó como había por costumbre.

—¡Ave María Purísima!

Nadie le respondió.

Los hermanos miráronla hoscos y el padre mustio y cabizbajo ni aun levantó los ojos del suelo.

Uno de ellos dijo al fin.

—Sólo esta loca vive sin pena ni gloria como los inocentes del Limbo.

Y el otro añadió:

—¿Qué se le da a ella de los apuros de la casa ni de que nosotros echemos los bofes por sacarla adelante, mientras ella corre y trisca como una cabra descarriada?

—Dejad a la muchacha—protestó maese Lucas. — ¿Qué tiene ella que entender en estas cosas? No las podemos remediar nosotros que somos hombres y vamos a querer que ella las componga.

—Con esas alas y disculpas no hay forma de hacerle entrar en razón—arguyó el mayor—otras hay tan mozas como ella que traen el gobierno de su casa en las puntas de los dedos.

—Bien, siempre ha sido así y no se ha de mudar ahora porque a vuestro mal humor le venga en gana.

Y tras esto tornó el hombre a sus meditaciones.

Flora hizo por cenar, pero pensando en la preocupación de su padre apenas atravesó bocado.

La cena fué triste. Durante ella dióse cuenta la moza de lo que pasaba.

El año había sido peor que malo. maese Lucas no podía pagar el arriendo del molino, y el dueño, que era el usurero de peores entrañas de toda la comarca, amenazaba con embargarle si no satisfacía la cuota el domingo después de la misa mayor.

Y el infelice menestral no veía resquicio claro por donde salir a finalizar su compromiso.

Aquella fué la primera vez que Flora tuvo noción de los sinsabores de la vida.

Por la tarde *Topito* habíale mostrado algo de la savia vivificadora que es flor de ella: el amor.

En toda la noche pudo conciliar el sueño. Su cabeza era una devanadera de ideas; aún podría admitirse por cosa cierta que lloró.

Ya de madrugada logró cerrar los ojos, y como el sueño era tardío, ya había sol por todo el mundo cuando quiso saltar del duro lecho.

***

—Hoy te dormiste, amiga—díjole don Fernando cuando llegó a visitarle en el mismo jardín de su casa, porque ya había rato que volviera de su habitual paseo mañanero. — Tuve que hacer solo la caminata, y como no

tenía con quien hablar di la vuelta antes. ¿Cómo fué esta ausencia?

Y por vía de respuesta, Flora rompió a llorar.

Don Fernando, miró a consolarla pensando que la causa de tal sentimiento no tuviese más alcances que los de alguna niñería.

—Tuviste gresca con *Topito*—preguntóle paternal.—Ya le diré yo a ese ganso...

—No diga nada vuesamerced a *Topito*—respondió la afligida, entre sollozos—¡pobre chico!

El magnate alzó la cara de la muchacha y en verdad que se conmovió harto, porque estaba maravillosamente linda con el adorno de las lágrimas que era como de perlas licuadas. A buen seguro que fuera esta la vez primera que vió en Flora la mujer... El corazón le dió este aviso.

Un poco más sosegada con las consoladoras palabras del Marqués, la niña contó la tragedia de su casa.

Oyola su excelencia, y dijo:

—Para todo hay remedio en el mundo si no es para la muerte. Vamos a ver qué dice tu padre de esto.

Y acto seguido el hidalgo y la villanita tomaban la senda del molino.

Muy contra costumbre, hidalgo y moza caminaban en silencio. No como solían con muchos ingenuos donaires por parte de la muchacha y mucho contento por parte del marqués.

Y era que cada uno traía empleado el pensar; Flora en la pena de su padre; Don Fernando en la transformación que el pesar había puesto en la zagala. Esto habíale a él abierto un afecto nuevo.

Mientras caminaban no hacía más de mirar a hurtadillas, y cada vez que ponía los ojos en la muchacha parecíale encontrar un nuevo encanto que hasta entonces estuvo dormido. Y como si hablara por distraerla de sus melancolías, preguntóla en tono que pugnaba por ser jovial y no era sino interesado.

—Dí, Florilla, ¿tú no tuviste nunca novio?

—Soy muy chica aún para eso—respondió ingenuamente...

Y no hablaron más porque en aquel preciso momento llegaban al molino.

CAPITULO VII

PRELIMINARES DE NOVIAZGO

El señor Don Fernando se dió el misericordioso placer de remediar, no más de con un puñado de plata, la penuria de maese Lucas.

En principio, el buen hombre resistíase a declarar su miseria por ese extraño pudor que nos hace mirar casi como delitos los apuros y estrecheces de la bolsa, mas luego, paternalmente asediado por el marqués, dijo de lleno su malaventura, y no le costó menos que bañar su relación en lágrimas.

Don Fernando animóle de buena voluntad, y díjole que estando él allí, la cosa no merecía más importancia.

Estando en esto acertó a cruzar el arrendatario, y a vuelta de las cédulas de cobro, quedó satisfecha la trampa, y maese Lucas, libre y limpio de

aquel enfadoso cuidado que le minaba la salud.

El buen hombre no sabía cómo agradecer tan extraordinario favor, y la vida que le hubiese pedido don Fernando diérasela como una gota de sangre.

El hidalgo ni aun consintió en que le besara la diestra a fuer de agradecido, y únicamente estrechó fuertemente la del molinero como pacto de amistad...

De allí a poco se operó un notable cambio en Flora.

Ya no triscaba y corría tanto por los campos a todo su talante y gusto sin otra amistad que la de *Topito*.

Veíasela menos por valles y laderas, y las claras ninfas de aquel arroyo escondido entre la grata espesura de unos álamos, no disfrutaban ya de la galantería de besarla los pies todas las tardes.

Don Fernando habíala tomado por su cuenta y héchola comprender que hay más vida y más cosas dignas de atención que la belleza y libertad del campo. Comenzó a darla por sí mismo lección de leer y escribir. No era torpe la discípula; en breve espacio conoció muy bien las letras y al poco tiempo leía de corrido y aun con gentil buena gracia.

A ella misma le entró una noble comezón por saber y acudía de por sí con las lecciones aprendidas.

Muchas veces solía decir graciosamente a su maestro y protector:

—Mire su merced que he sido holgazana y descuidada, si por ventura no se le ocurre venir por acá, buena borriquita de carga hubiese salido la señora Flora.

Y añadía con alborozada resignación:

—Bien es verdad que para correr y triscar por estos prados y montes como las cabras montunas, no me hacía falta ser una Santa Teresa de Jesús.

—Así es la verdad — replicaba el Marqués—pero tampoco para valerte y parecer bien en el mundo, pretendo yo que lo seas en sabiduría. Las mujeres bachilleras y literatas son la peor plaga del mundo.

—Tiene razón vuesamerced — argüía Flora—tanto se peca por carta de más como por carta de menos, o de otra manera lo poco agrada y lo mucho enfada y también se dice mucha grasa empalaga la olla.

—Bueno, mujer, — atajóla riendo Don Fernando—cesa en los refranes. Los ensartas tan buenos y abundantes como el bellaco de Sancho.

—¿Algún paje de vuesamerced es ese Sancho? Pues tráigale por acá que por muchos que el tal sepa más le diré yo, que el bueno de *Topito* me enseña mil cada día.

—Este Sancho es otro que ya sabrás muy pronto quién fué. De dos cosas más quiero yo que te corrijas.

—Dígalas vuesamerced, y saberlas yo y empezar a poner los medios por obra, todo será uno.

—De ensartar refranes y más de que te los enseñe *Topito*.

El pobre muchacho no había entrado en la simpatía del Marqués y menos desde qué Flora empezó a parecerle bien.

***

Así como Don Fernando había hecho labor meritísima encauzando las buenas disposiciones de Flora, Natura, a su vez, no había estado ociosa, que tales prodigios hizo con la moza, que en breve espacio trocóla en hermosísima mujer.

Y en este punto y hora fué donde comenzó el desasosiego del señor don Fernando de Lera, marqués de Fuenclara.

Como cada día advertía en la muchacha una condición más que adorar, aconteció que fuésele entrando en el corazón y cuando Natura acabó de labrar su magnífica obra ya el buen hidalgo no tenía más ansias en la

Tierra que el buen amor de Flora.

Sin embargo, no atrevíase a decirle nada.

Aquel favor prestado a su padre

atábale tan fuertemente la voluntad, que no fuera tanto si las ligaduras pudieran ser amarras de acero.

De suyo era generoso y noble y no quería que aquel amor que nacía en su pecho tan intensamente, pudiera ser correspondido por forzoso agradecimiento, y así conteníase en manifestar su sentir.

Hartas desazones pasaba a solas, no ya en pensar en la muchacha, sino en discurrir si le estaba bien o mal aquel amor.

La disparidad de años dábale mucho tormento.

Qué dirían de él cuando se supiese su determinación en la Corte.

Pensarían que era un viejo libidi-

noso que antes se dejaba llevar arrastrado de la lascibia que del brazo del Amor.

Alguna vez pensó si no sería más noble dotar a Flora y casarla con algún mozo honrado de La Fresneda. Si *Topito* no fuera tan simple...

Pero apenas entrábase esta idea por las celdillas de su magín, y más si llevaba por cabo al zagalillo errante, entristecíanle los celos, y mudaba en vengativo y rencoroso su natural apacible y noble...

Era el Amor que asestaba sus últimos y más crueles golpes contra aquel corazón fatigado de las jornadas de la vida.

Flora continuaba la costumbre. Iba de mañana a buscar al Marqués; salían juntos y volvían luego al palacio, donde daba su lección de lectura y escritura. Poco antes del Ave María, tomaba la vuelta del molino; a la caída de la tarde acudía allí don Fernando, y al retirarse a punta de noche acompañábale Flora, seguida de *Marquillos*, un hermoso perro de ganado.

Topito había caído en el más profundo olvido, ya apenas si la moza le escuchaba alguna vez, y la primera en que le halló a mano, después de aquella entrevista de la fuente (pues el infelice estuvo enfermo de tercianas muchos días en la choza de un pastor cabrerizo) fué para decirle que ya no había menester de la enseñanza de sus romances, pues que había aprendido a leer y tenía quien enseñábale otros tan lindos y aún mejores.

Harto sintió el vejamen el zaherido, que aun parece que no pudo responderle con palabras, sino con lágrimas, y fuese a sus soledades; si alguna vez daba en la aldea, no podía por menos de mostrar su odio al Marqués arrojando alguna piedra a los balcones del viejo palacio de los Fuenclara.

Desta suerte podían saber los moradores del linajudo caserón cuándo se hallaba *Topito* en La Fresneda, pues aun cuando tan *insigne* personaje hiciera su visita de incógnito jamás dejaba de hacer semejante despedida.

Con oir el estrépito de los cristales rotos, (pues tal acierto tenía, que casi siempre atinaba de lleno con alguna vidriera) dábase momentáneamente por satisfecho.

Antojábasele que con cada pedrada destruía una ilusión de Don Fernando.

Pero así como dejaba satisfecha su pobre venganza, tornaba a su intensa melancolía, a pensar en el olvido de la ingrata que poco antes no acertaba a dar un paso sin él fuera de la aldea.

Y caminaba muy despacio y tambaleante, casi encorbado, como si llevase a cuestas la alforja moral de sus duelos y quebrantos...

Alguna vez, por distraer su pena, acompañaba sus pasos con alguna canturia que aprendiera de labios de los errantes romanceros, y era de las que más prefería (dejando a una parte el romance de *La novia renegada*), esta glosa:

¿De dónde vienes paloma
tan puestecica de gala
con tanto fuego en el pico
y tanta nieve en las alas?
¿Dónde has el nido, paloma,
allá arriba en la montaña
o acá abajo en la llanura.
¡Palomita blanca!

Dirame la palomita
si en el decirlo no pierde
voto que tenga jurado,
en los remansos que bebe
y en los trigales que come
y en las ramitas que duerme.
Palomita blanca
como la nieve,

Dicen que aunque eres paloma
y de tan medroso aliento,
picoteas corazones
en manos de un halconero.
¡Líbreme Dios de palomas
con intenciones de cuervos!
¡Ay madre! yo no sé cómo
me picó en el pecho.

Picadura de paloma,
a fe que no lo parece,
que no hay paloma que hiera
tan hondo como tú hieres.
Tan grande, madre, es la herida,
que no hay doctor que la cierre.
Palomita blanca
como la nieve,
me picó en el pecho,
¡ay cómo me duele!

***

Burla burlando habíase metido Flora en el corazón de Don Fernando, tanto que, a pesar de los escrúpulos que le quitaban el sueño, determinó procurar su felicidad.

Ya se ha dicho que si había pasado la edad de la juventud aún no había entrado en la de la vejez; manteníase muy bien en la estación intermedia.

Flora escuchó un poco confusa, pero con agrado, aquellas primeras palabras que el amor la dijera; también ella, por efecto del continuo trato, había cobrado al Marqués un afecto que rebasaba las lindes de la amistad; no entendía ella que fuese cariño, pero el corazón le ordenaba tan recio, que no sabía apartar su recuerdo del magín.

—Todos estos lugares serían tuyos, como lo son mi vida y mi alma—decíale el enamorado Marqués.—Trájome a esta aldea, tú lo sabes porque muchas veces te lo he dicho, el ansia de quietud y sosiego que no hallaba en la Corte, y ahora, al cabo de los días, he venido a encontrarme, por obra y gracia de tu hermosura, más confuso y lleno de pesadumbres, gratas pesadumbres que no las trocara por todas las felicidades del cielo y de la tierra...

***

Como Don Fernando vió que tenía el cariño de Flora, no receló en hablar con maese Lucas, porque le parecía que de esta manera quedaban ya rotas las trabas que hubieron de contenerle.

La pretensión era tan halagüeña para el pobre hombre, que la estaba oyendo de los mismos labios del pretendiente y no acertaba a darla crédito.

A la postre, ¿qué habría de hacer sino consentir y quedar con ello muy honrado? Sólo una cosa suplicó, y era que en tanto que se concertase tan buen partido, él no habría de abandonar su molino, y aun luego, siquier agrandase la industria, tampoco dejaría el oficio en que medraron sus abuelos y sus padres...

Consintió en ello el marqués y aún vió en este deseo la hombría de bien que rebosaba el alma de maese Lucas, pues miraba al bien estar de su hija que no al suyo.

No dejó de conocer la diferencia de edades, y en la manera más delicada y cortés que pudo, dentro de su rustiqueza no quiso de dejar decírselo a su aprendiz de yerno, no fuese que el amor le pusiese tan apretada la venda que no le dejase ver cosa que, desgraciadamente, habría de estar a la vista de todo el mundo.

—Mire, señor Don Fernando, sin que de la sana intención que me guía tome ofensa su merced, que la pasión nos quita muchas veces el conocimiento, y llenaríame de tanta pesadumbre que no me dejara acabar en paz mis días, si un día cayera su merced en la cuenta.

—Si no viera yo tan claro como la luz del sol, que la muchacha me quiere, no piense usted que me arrojara a tanto, demás que no es tan provecta mi edad que me ahorre de parecerle bien a una mujer—respondióle el Fuenclara, un tantico puntilloso.

Y como lo conoció Lucas, miró que era bien no escarbar más en el asunto.

CAPITULO VIII

FLORA LA CAMPESINA, DAMISELA EN LA CORTE

El marqués de Fuenclara quería que su esposa pudiera presentarse en la Corte con todo el rango y grandeza que tan insigne casa merecía.

Para ello era menester una exquisita instrucción, de la que Flora estaba ayuna, pues con él no logró más de aprender a leer, escribir y un poco de números, lo imprescindiblemente necesario.

Un año educativo en Madrid, estaríale muy bien, y luego a ser señora de Fuenclara.

De esta manera hízolo comprender el *galán* a la novia y a su padre, y de allí a una semana, que todo estuvo prevenido, salieron de la aldea en la magnífica silla de postas, con rumbo a la Corte, la villana y el usía.

Don Fernando se proponía hacer un viaje a Nueva España, donde, por la gracia de Dios y fortuna de sus mayores, había muy rica hacienda.

No era él de estos ricachos muelles y remolones que sólo atienden a disfrutar los bienes de su casa sin curar de mantener su crecimiento, y así cada lustro dábase una vuelta por sus vastas posesiones de Ultramar. Aquel año, precisamente, según su cuenta, le tocaba viaje, y aprovechó este tiempo que su futura habríase de quedar atendiendo al cultivo de la inteligencia.

Hasta más allá de las eras salieron los asombrados vecinos de La Fresneda a despedir a los viajeros. Aun algunos que estaban enfermos quisieron presenciar la novedad de ver en coche y vestida a lo señora a la triscadora Florilla, e hiciéronse sacar a las puertas de la calle, ya que no pudieran seguir al gentío.

Por mucho tiempo hubieron las comadres del lugarejo tela para cortar sus murmuraciones.

Como la Humanidad es de suyo mal intencionada y más se duele que alegra de la bienandanza del prójimo, pocos eran los que comentaban favorablemente para el buen nombre del molinero la determinación del marqués de Fuenclara.

Maese Lucas y sus hijos proseguían en el cuido de su molino, ni más ni menos que si la ventura no hubiese entrado en la casa.

Algunas tardes pasaba *Topito* ante la puerta y deteníase un poco, luego proseguía silencioso y triste, como si llevara un grande pesar en el alma. Sólo cuando no había en el campo la caridad de gañanes y pastores entraba en la aldehuela.

Merodeaba en torno de las casas tomando lo que le daban buenamente.

Al molino jamás volvió a acercarse por mucho que la necesidad le obligara.

Alguna vez los hermanos de Flora quisieron socorrerle dándole como pretexto que les hiciese algún mandado, pero como si ellos fuesen culpables del desvío y abandono que la muchacha tenía para con él, siempre les recibió huraño y antes prefirió las dentelladas crueles del hambre, que sosegarla en aquella casa.

Aun el espacio que circundábale parecía que le abrasaba los pies.

Alguien que llegó a reparar en la

causa de aquella enemiga se lo dió a entender, pero más que en riesgo de pesarle estuvo, porque aunque *Topito* era de condición mansa y pacífica, no sufrió la sutileza y dió con furia tan insana sobre el entrometido, que éste hubo de fiar su libramiento a la ligereza de los pies.

De allí adelante le dejaron en paz abandonándole a su suerte como cosa que no tenía remedio. Cuando parecíales bien dábanle amparo y cuando no arrojábanle del pueblo.

***

En el palacio cortesano de los Fuenclara quedó Flora al cuidado de una dama respetable, que diz que no tenía ninguna de las perniciosas condiciones que suelen tener las que se dedican a su oficio.

Era, aunque no vieja, rancia, ridícula, beata, escrupulosa y malhumorada.

Acompañábala un mayordomo rodrigón a la manera que lo fué el *Escudero* de Espinel, esto es, viejo, pícaro e hipócrita.

Un padre de la Merced, mediano gramático, valíale por maestro de Letras.

Un abate francés, que pudo huir de la sarracina revolucionaria, dábale lecciones del armonioso idioma de Moliere.

Un maestro de la Real Capilla aleccionábala en el uso del clavicordio, y un bailarín del coliseo del Príncipe, guiábala en la *ciencia* de Terpsícore.

Mas si cada uno era una *autoridad* en su arte, como Dios ha dispuesto que no haya cosa perfecta en el mundo, he aquí que cada una de estas eminencias tenía un defecto humano, el cual, a la postre, venía a redundar en perjuicio de la educanda.

El ama era tan amiga de los usos y costumbres nuevos que habían venido de Francia con la dinastía borbónica, que no hallaba cosa buena en España.

El gramático era un hombre adocenado sin pizca de sentido estético.

El abate no sabía más que francés, y a la par del ama no encontraba entre nosotros nada notable. Unicamente hallaba bien la más vergonzosa y cruenta de nuestras aficiones: las corridas de toros, le entusiasmaban; ningún lunes dejaba de asistir a la plaza.

El maestro de la Real Capilla era sordo, así imagínese cuáles serían los adelantos de la discípula en el manejo del clavicordio.

El maestro de baile era el más redomado pedante de cuantos había en Madrid. Ponía divinamente las danzas, pero solía acompañar la lección con tal cúmulo de ademanes ridículos y discursos melífluos y empalagosos que no le sufriera el diablo...

Era, en fin, aquella una academia de pedantes, capaz de dar al diablo con el discípulo mejor equilibrado; figúrense, pues, lo que harían con Flora, toda sencillez y rustiqueza.

Los primeros días, como hacíasele novedad el cambio de vida, sólo con fijar la atención en las cosas nuevas que acaecían ante sus ojos, no lo pasó mal del todo, antes le sirvió de distracción, pero así de como le señalaron hora precisa para levantarse, hora precisa para la lección, hora precisa para comer, hora precisa para pasear y hora precisa para dormir, comenzó a entrarle la nostalgia de su selvática libertad y abominó de la vida señoril y monótona.

—Si estuviera acá Don Fernando—solía decir—no consentiría esto y saldríamos juntos como en La Fresneda.

—El señor Don Fernando—replicaba la dueña catedrática — no quiere sino que su merced, se haga una señorita distinguida, ni más ni menos que si se hubiese criado en la Corte, para que cuando esté como si dijéramos en su punto, encumbrarla a marquesa de Fuenclara. ¡Ah, cuántas damas de rancio abolengo tendrán envidia de su merced...!

Con tales preceptores iba Flora labrando las jornadas para ser marquesa, pero cuando hallábase sola con sus pensamientos y los recuerdos amables de su vida anterior, solía entristecerse y añorar con mucha pesadumbre los capítulos transcurridos en la tranquila paz de La Fresneda.

Así como allá dió presto de lado la amistad con *Topito* y no la dejó emoción alguna el momento de aquella tarde en que el desgraciado mozalbete se sintiera hombre, ahora que se miraba lejos de él solía añorarle muy melancólicamente. Si pudiera quitaríale el cruento amargor de aquella pesadumbre...

Nunca con más fijeza tuvo en la memoria las coplas y romances que él la decía. Retornaban a ella como un grato aroma del campo. Sobre todo aquella conseja de *La novia renegada*... y los versos sencillos de la rústica poesía llegaban a sus labios como un reproche, como un anatema contra el ingrato desvío que tuvo para el infelice. Si hasta dijérase que eran una profecía:

Galana viene la moza
de allá de tierra de Indias,
y sobre galana, viene
hecha un mar de argentería.
Antes de dejar la aldea
(habrá un año y quince días)
estaba la moza guapa
que el mirarla daba envidia.
Por de fuera en el vestir,
pecaba ya de sencilla,
que el diablo lleve lo más
que hubiese de una basquiña
de lino azul y unas blondas
sin más lujo que el ser limpias,
y, agora, en bosques de randas
viene la moza escondida.
Trae más lujo en el vestir
que en la salud. Yo daría
algo bueno por saber
por qué llevó lozanía
y trae galas y riquezas
que aún quiero bien a esta niña
y sus gorjas me contentan
y sus duelos me lastiman...
Cuentan, que a probar fortuna
hase partido a las Indias.
¿Es que la Fortuna, acaso
al llegar la esperaría?
Acá, se dejó un galán
llorando porque se iba,
pero, llorando de veras,
que es fama que la quería.
Y ahora que el galán le ha visto
de lejos y tan pulida,
no consiente en acercarse,
que diz que la mataría.
A quien le escucha, le cuenta,
lleno de pena y de ira:
"¡Llevó salud y trae joyas,
fuese pobre y torna rica!
El amor que él le fiara
y el candor que ella tenía,
por el lujo con que viene
acaso les vendería..."

Y los postreros versos, casi siempre, solía decirles con lágrimas en los ojos y ahogos en el corazón...

CAPITULO IX

LA VUELTA DE LOS NOVIOS

Aún más presto pasó el año de lo que todos desearan, que el tiempo es fugaz y tiene alas veloces.

Muy poco antes de cumplirse hubo noticia de que llegaba al puerto la flota de Nueva España y que en ella tornaba el marqués de Fuenclara.

Como era cosa convenida de ante-

mano que a su vuelta le esperase Flora en el palacio de *La Fresneda*, apenas recibióse en la Corte aviso de la arribada trasladáronla a la aldea, y a fe que con tanto lujo y comodidad no hiciese jornada princesa de la sangre.

Aun su guardia de escopeteros llevó por escolta, tanto que en muchos de los lugares que cruzó entendieron seriamente que era persona real.

Aquel día fué de fiesta en La Fresneda.

Eran de ver maese Lucas y sus hijos Ricardo, Leoncio y Valerio, vestidos de fiesta y haciendo como quien dice los honores de la casa a sus convecinos, porque la futura Marquesa no aposentó en el molino, sino en el solar de los Fuenclara.

Se holgaron los muchachos porque aquel día no hubieron escuela, refocilároнse las comadres porque pudieron cortar y rajar a su antojo, y alegráronse las mozas, con la esperanza de ver usos y modas de Madrid.

No fueron poco motivo de curiosidad los maestros que habían hecho de la rústica molinerilla una señorita remilgada y de ridículos modales, gustos.

Al otro día de la llegada, así como descansaron de la incomodidad del viaje, salieron por el pueblo, y fué tal la curiosidad de los grandes y la impertinencia de los chicos, que hubieron de reducirse al amplio jardín del palacio.

De la dama decían que si era la *Tarasca* que les había cedido Madrid para las fiestas del Corpus.

—Debe ser, sin duda, que allá han comprado otra nueva y nos envían ésta de desecho.

Del bailarín hacían mil sátiras por su tipo escuálido.

Del fraile, por todo lo contrario, que parecía una bola de nieve, si no llevara toda la capucha, por la parte de delante, manchada de tabaco.

Del rodrigón hacían chacota por lo

finchado y grave, siendo como era el mayor bellaco del mundo.

De suerte que después de haber sido por un día el regocijo de toda la gente aldeana, tuvieron que encerrarse vergonzosos y corridos, para no dar lugar a que las faltas de respeto que ya tenían recibidas subiesen de tono.

De lo primero que recibió gusto Flora así como puso el pie en la aldea, fué de recorrer los sitios acostumbrados, antes de su ventura, pero ya no les recorrió con aquella encantadora libertad de entonces, sino con una afectación grave y mesurada, seguida por sus preceptores cortesanos.

Al tornar de su paseo creyó ver por

entre los olivos que circundaban la fuente, la figura astrosa y macilenta de *Topito*. Mudóse mucho, y torció el camino.

En su magín vibraban claramente como si cierto los estuviera oyendo los versos del romance:

Galana viene la moza
de allá de tierra de Indias,
y sobre galana viene
hecha un mar de argentería...

Mas no oyó la voz ni vió al mozo desdeñado.

Mal podía verle, que cuando él supo que Flora tornaba a La Fresneda huyó del lugar como el diablo de la Cruz, y sin duda que se fué a lo más intrincado del monte, y aún no faltó quien dijera haberle visto pasar a la Extremadura con los pastores trashumantes que traen sus ganados a pastar en Castilla...

***

No más de un día detúvose el marqués de Fuenclara en su casa de Madrid, a la vuelta de Nueva España.

Desde Cádiz partióse a la Corte en el mismo día que desembarcara, sin tomar descanso alguno, a pesar de lo larga e incómoda que fué la travesía.

Como dicen, no se le cocía el pan hasta el punto de ver hecho realidad su sueño dorado, que era unir la madurez de sus años con los primaverales de Flora.

No deteníase en el camino más que lo justamente necesario para descansar, y aun en muchas ventas no hacía más de mudar los cansados tiros por otros de refresco. Así aconteció que en menos de una semana plantóse en Madrid.

Detúvose aquí otra fecha para tomar reposo y al clarear la siguiente, que era una fría mañana de Otoño, reanudaba su viaje hacia el norte de sus pensamientos y finisterre de sus ansias.

Quién fuera capaz de seguir los vuelos de su imaginación que al cabo de los años volvía a soñar como cuando era moza.

Habían vuelto al maduro Don Fernando todos los bríos e ilusiones de la mocedad.

Cierto es que se ama intensamente dos veces: la primera y la última. La postrera sin duda que ha de ser con el impulso desesperado de la llama que está próxima a extinguirse, y en un momento dado reconcentra todo el fuego...

Y llegó a su palacio el último marqués de Fuenclara...

CAPITULO X

EFECTO CONTRARIO Y COMPÁS DE ESPERA

El recibimiento tuvo sus puntas y ribetes de recepción cortesana.

Flora vistió las mejores galas que tenía, e hizo al recién llegado, tan rendidos agasajos que no hiciera más el maestro de ceremonias de alguna catedral tudesca en día solemne.

No agradó esto en principio al prócer, que esperaba ver a su futura, si bien un poco más pulida en cuanto a instrucción, no con resabios de pedantería, mas no dijo nada, porque no fuesen de enfado sus primeras palabras de retorno.

Mas al hallarse frente a frente con los *progresos* hechos por la que había de ser su esposa, no fué hombre para sufrir aquellas ridículas maneras, todas afectación, enseñadas por la dama, aquel francés aprendido pronto y mal, aquellos pasos ridículos de bailes parisinos, los discursos gramáticos y la desarmonía del clave. Era que todas las enseñanzas habían florecido en los defectos de los profesores, por no haber preparado antes discreta y sencillamente la inteligencia virgen en que habían de sembrarse...

Don Fernando no fué quien para contenerse, y reuniendo a toda aquella junta de sabios les dijo, poco más o menos, de esta suerte:

—Señores y maestros míos: Vuesasmercedes han hecho tan bien su oficio, que si les encargara todo lo contrario no hicieran desaguisado tan grande. Entregué a vuesasmercedes una inteligencia fuerte, bien equilibrada, pero sin aderezo alguno de enseñanza, y ahora, al cabo del tiempo me devuelven una muchacha ridícula, pedante, ayuna de sinceridad. ¿Quién sabe lo que ahora costará volverla a su primitivo ser? Vayan, pues, enhoramala de aquí esta misma tarde, que yo les mandaré poner un coche de camino y publiquen por el mundo su estupenda hazaña pedagógica...

Luego, tomó de la mano a Flora y la llevó al molino de su padre.

Maese Lucas: Amigo mío, que habéis de pasar a suegro, pero no tan pronto como todos teníamos pensado. Aquí os entrego a vuestra hija, a quien si tratais diez minutos seguidos pensaréis que no lo es, según viene de desconocida con las lecciones de la Corte. Tenedla con vos por otro año, quitadla estas sedas y estos encajes con que ahora adorna su belleza, dejadla en aquella sencillez de denantes y soltadla otra vez por el campo. Corra por valles y oteros de la mañana a la noche, dance con las mozas los domingos, vuelva otra vez a solazarse con las simplezas y romances de *Topito*, y cuando esté en la rusticidad que estaba, yo vendré a pedírosla por esposa y tendremos en la aldehuela otras bodas como las de Camacho *el rico*, que antes quiero por mujer una labradora rústica que una damisela insustancial, toda melindres y reparos... No se piense que por desarmonías la olvido. En cuanto sea menester téngaseme presente. De aquí a un año tornaré.

Y dió la vuelta, dejando a todos maravillados y confusos.

Aquella misma tarde vieron las sencillas gentes de La Fresneda partir el coche de camino de su excelencia hacia la Corte. Don Fernando iba solo en el amplio mueble.

Para no ser blanco de la curiosidad llevaba echadas las cortinillas, pero bien se pudo ahorrar este cuidado porque ni aun sus habituales contertulios salieron, como habían por costumbre, a despedirle en las Fuentecillas.

No más le acompañaban del cochero, el postillón y el ayuda de cámara.

En saliendo del pueblo alzó los discretos lenzuelos y contempló melancólico los verdes campos y empinadas lomas, por donde anduvo con Flora, cuando la moza era un encanto más de aquellas praderías.

Aunque Don Fernando dió palabra de tornar en busca del buen amor de Flora en comprendiendo él que estaba hecha la transformación, entendió que ello no le estaría bien, porque acaso redundara en su menoscabo.

Había hecho una sencilla prueba y ya acababa de ver cómo las primeras máculas ridículas cortesanas habían prendido en ella. ¿Qué podría acontecer cuando llegaran las otras más fuertes y dañinas, que prenden en el alma?...

Florita era demasiado asimilable.

En un año había perdido, (claro que neciamente influída) aquel candor y travesura ingenuas que eran toda su belleza moral.

9E
TO 20587

Con ello también había tomado quizás esotras mañas que son tan distinguidas e imprescindibles en los estrados de la Corte, como son: la intriga, el disimulo y la coquetería.

Bien se estaba San Pedro en Roma, Flora en La Fresneda y él libre y suelto, no fuese que algún día tuviese que sentir.

En cuanto llegó a Madrid, tomó un talego de onzas y mandó al mayordomo que lo llevase a Flora con el siguiente pliego:

"Hija Flora: Los aires sanos del campo que he respirado durante mi viaje de retorno, me han despejado los desvanes del cerebro y me han quitado las telarañas de los ojos, permitiéndome con ello ver y discurrir tan claro como solía antes de conocerte.

"Así pues, no me esperes para matrimoniar, como te dije al salir de La Fresneda. He comprendido que a ti y a mí nos está mejor.

"Cuando te cures de aquel mal que te causaron los maestros que en mala hora te dí, queriendo hacerte un bien, busca a *Topito* y volved a las andadas por esos campos de Dios.

"Como no quiero que conserves mal recuerdo de mí, te envío ese puñadillo de oro, que te ruego aceptes, en memoria del buen propósito que me guió...

***

Poco más decía el papel, pero ya eran filosofías trasnochadas, que no valen la pena de traerlas a cuento. Lo cierto e importante para nuestra historia, es que Flora se hizo la cuenta de que los duelos con pan son menos y tomó las onzas, que no bajaban de doscientas; aderezó el molino de su padre, tan lindamente que bien podía decirse que no había otro mejor en tierras de Castilla, contentó luego a *Topito* y ascendióle hasta el empleo de molinero consorte, en pago de lo bien que sabía decir el romance de *La novia renegada*.

Y como no acaeció más que sea digno de referirse, con esto se acaba la novela. Si te parece bien, lector amigo, me holgaré de ello; si, por el contrario, te desagrada, lo sentiré con todas las veras de mi alma, pero te juro a Dios, que no derramaré ni una sola lágrima...

Diego San José.

Agosto, 1918

En el próximo número se publicará la novela de

Pedro de Répide

El milagro de los versos

Imp. de Alrededor del Mundo, Martín de los Heros, 65.

Aceites y grasas
-:- lubrificantes -:-
insuperable para el engrase de los autos

SUCESORES DE
E. Steinfeldt

OLEO-MOTOR

Correas de transmisión y algodones para máquinas

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID

Obesos, artríticos, nefríticos, albuminúricos, gotosos, el The Rhin obra prodigios. Pedir folleto.

Casa SEGALA. Rambla Flores. BARCELONA

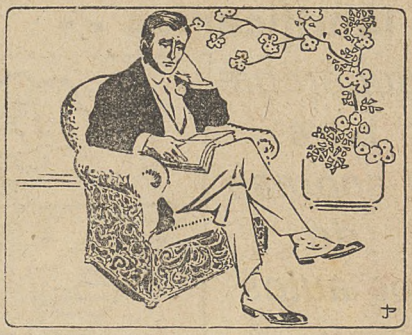
La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

Precio del número: 25 céntimos.

No pierda V. el tiempo pensando cómo se escribe tal o cual palabra o cuál es su etimología.



Es inútil que lea V. ciertos libros si no tiene un buen Diccionario para conocer el verdadero sentido de la palabra.

Los DICCIONARIOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA publicados bajo la dirección de D. José Alemany, de la Real Academia Española, le resolverán todas las dudas en un minuto

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

(Segunda edición corregida y aumentada.)

Este Diccionario de 1.756 grandes páginas, con un total de 120.000 artículos, contiene:

a) Todas las voces de la 14.ª edición del Diccionario de la Academia, con numerosos ejemplos y el régimen que en cada caso tienen.

b) 20.000 americanismos.

c) 15.000 tecnicismos, arcaismos y neologismos.

ch) Numerosas locuciones latinas y extranjeras.

d) Los principales paradigmas de conjugación de los verbos españoles.

e) La lista de los verbos con expresión del modelo a que en su conjugación se ajustan.

Este Diccionario es indispensable a todos los que deseen escribir y hablar correctamente el idioma español.

Precio: encuadernación corriente 12,50 ptas. En 3/4 tafilete 15 ptas.

NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Este Diccionario, redactado sobre el **DICIONARIO ALEMANY**, conocido ya en toda España y la América latina, cumple el fin de reducir el tamaño y el precio para facilitar su divulgación.

Precio: 5 pesetas.

De venta en todas las librerías, o directamente a

RAMON SOPENA. Provenza, 95. BARCELONA